El Camino de Santiago en el arte y en la cultura europea

Eugenio Mariñas Otero (*)

Apoyado inicialmente en realidades monumentales anteriores de origen romano, y, en las escasas realidades monumentales germánico-visigodas, el Camino de Santiago fue, especialmente en la Edad Media, un ejemplo de potenciación que supone el intercambio artístico entre las naciones que atravesaban los peregrinos.

Las peregrinaciones significaron en la Historia del Arte europeo, como se ha puesto de relieve por todos los estudiosos de éste (1), un amplio contraste de ideas y estilos que, al margen de que se fundiesen en el Camino como resultado de una formulación objetiva de carácter monumental, dieron lugar a un impulso artístico subjetivo de signo que hoy denominamos «europeo» (2).

Sin embargo, el legado histórico-artístico del Camino de Santiago, encierra en sí un conjunto de dualidades próximas a lo contradictorio, la búsqueda de cuya síntesis unitaria es fundamental para entender su importancia y significado:

a) En el Camino de Santiago existían, y siguieron existiendo en el curso de la historia, elementos artísticos que venían «dados» por etapas anteriores (monumentos romanos, construcciones visigodas, en el momento de iniciarse la época de las peregrinaciones) y que fueron, por necesidad de los tiempos y del propio Camino, sustituidos por elementos artísticos de nuevo estilo. Han coexistido así en el Camino, y siempre, un arte del pasado y un arte del presente con proyección futura. Dato éste que ha de ser tenido en cuenta, necesariamente, para comprender en su atemporalidad al Camino de Santiago (3).

b) Existe también una dualidad radical entre Camino-Peregrinaciones. El primero es de signo infraestructural, y se manifiesta bajo forma de legados de signo artístico y patrimonial objetivo (iglesias, castillos, esculturas, pinturas, códices, etc.). Las peregrinaciones, en cambio, proporcionaron un patrimonio cultural de signo vitalista. Mientras que sobre el legado artístico del Camino los efectos del paso del tiempo han sido los propios de un lento deterioro, el patrimonio histórico legado por las peregrinaciones, ha sido factor de conservación y de aceleración del arte del Camino, pero a su vez, sometido de modo directísimo a la relativización o inconstancia del propio tiempo vital.

(*) Profesor Titular de la Universidad de Madrid.

(1) Arévalo, A.: «La importancia cultural del Camino de Santiago». Vol. I y II, ed. Cátedra. Madrid, 1965.

(2) Disdier, J.: «El Camino de Santiago». Ed. esp. Madrid, 1971.

(3) Apraiz, A.: «La cultura de la peregrinación». «Las Ciencias». Año XII, n.º 1. Madrid, 1942.

c) Por otro lado, y dentro de su unidad, el Camino no era una realidad «lineal», en ninguno de los trayectos estudiados, ni siquiera en el muy consolidado «Camino francés». Se trataba de una serie de «puntos» —lugares claves del Camino— separados entre sí por «espacios» —llanuras, valles, estepas, montañas—; en estos últimos no tenía que haberse producido cambio histórico alguno. Sin embargo, la degradación reciente y progresiva del medio, que la ecología como ciencia en su sentido riguroso ha puesto de manifiesto, obliga a que todo análisis del Camino deba integrar ambos factores, humanos y naturales, en un todo unitario (4).

d) En el Camino y en las peregrinaciones, se producía y se produce todavía, otro dualismo entre lo religioso y lo secular. Es preciso en este sentido romper el tópico de que —desde la misma Edad Media— el legado artístico del Camino quedó expresado fundamentalmente bajo formas de arte sacro: grandes construcciones puramente civiles, comerciales, castillos y fortalezas, incluso nuevas formas de lenguaje, surgieron al impulso del Camino y de sus peregrinos. La mística final que pudiera impregnar todas estas expresiones culturales y artísticas es, con la lógica matización, independiente de la existencia de un legado artístico en el que lo profano, se articula de modo evidente, como expresión vital de diferentes sociedades y etapas históricas.

e) En el Camino se produce, también de modo dialéctico y contradictorio, un conjunto de realidades artísticas realizadas «para» los peregrinos (posadas, hospitales, lugares de culto y devoción...) y otras realizadas «por» los peregrinos. Estos consolidaron, de hecho, nuevas rutas, trajeron consigo nuevas formas de expresión artística, cargarían incluso como penitencia, en el tramo final, con piedras de considerable tamaño para contribuir a la construcción de la basílica compostelana, como destacó el cronista Aimery Picaud, presunto recopilador de los textos del «Codez Calixtinus» (5). Los peregrinos aportaron con ellos símbolos, creencias y formas de vida, que incorporaron a los lugares que atravesaban, y que, sin esta aportación venida de todos los rincones de Europa, hubiera hecho del Camino de Santiago un conjunto inordinado de expresiones localistas del arte, en lugar de constituir una unidad de sentido cultural.

f) Dentro de este conjunto de dualidades y contradicciones (lo inanimado y lo vivo, lo objetivo y lo subjetivo, lo metafísico y lo físico, lo acrónico y lo temporal) se produce incluso un legado histórico que denominaremos «positivo», por oposición a otro de signo «negativo» y que, desde las primeras peregrinaciones preocupó a las jerarquías eclesiásticas y civiles, y fue objeto de relato por historiadores y viajeros. Nos referimos a lo crímenes, asaltos, robos y engaños de que eran víctimas los peregrinos (según las crónicas, ingleses, bearneses y vascos tuvieron, particularmente, mala fama). De estos condicionantes negativos surgían, no obstante, formas artísticas y culturales atípicas, que desembocarán, en última instancia, en la picaresca española, o en el fenómeno francés del «coquillart», que darán lugar a una abundante y rica literatura, que se apuntaba ya en el «Romance de Flora y Blancafor» del siglo XII.

El arte europeo y la ruta de los peregrinos de Santiago de Compostela

Venidos desde la lejana Islandia, las naciones bálticas y las profundidades del centro de una Europa en difícil gestación, peregrinos, artistas, artesanos y comerciantes aportaban nuevas formas de arte y nuevas maneras

(4) Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo: «El Camino de Santiago». Págs. 2 y 3. Madrid, 1987.

(5) Sobre el «Codex» véase el estudio «Las condiciones de vida del peregrino a Santiago según el "Codex Calixtinus"», de E. R. Labande, Bol. Asoc. Europ. de Prof. Español, VIII, 1976, págs. 45 a 47.

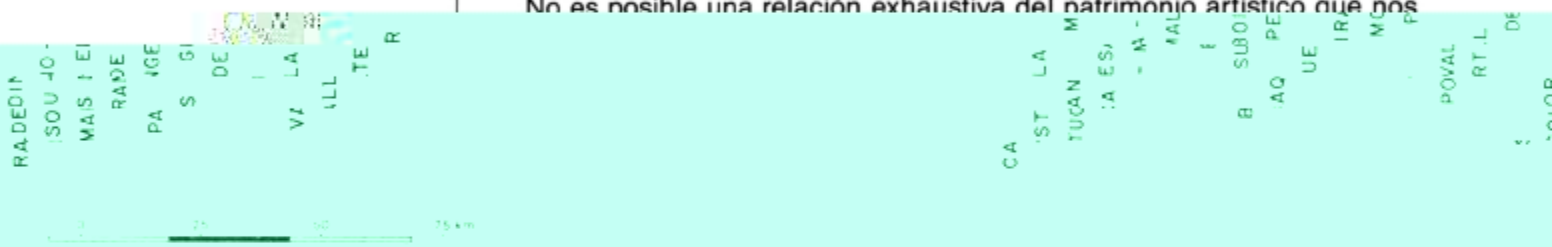
de entender y utilizar el arte. Peculiares modos de atender vocaciones espirituales y maneras «útiles» de hacer frente a necesidades materiales.

En los cuatro Caminos franceses, y en el Camino español, en que éstos desembocaban, se constituyó un gran eje artístico, por el que discurrieron todas las formulaciones del arte de la Edad Media (6).

Este caótico conjunto de expresiones artísticas ha llegado hasta nuestros días en una variedad tan poliforme como unitaria, cuya formulación más señera fueron los estilos románico y gótico.

Serán ambos estilos (raras muestras de unidad estilística) donde se mezclan sentimientos artísticos de raices cristiano-europeas y arábigo-africanas: a través de las regiones de Navarra y Cataluña llegarán las influencias francesas, italianas, germanas y, más diluidas, las bizantinas; de las tierras de Andalucía, se obtendrán claras influencias árabes, que encontrarán su última e indirecta expresión en el gótico mudéjar.

No es posible una relación exhaustiva del patrimonio artístico que nos



Posteriormente las órdenes españolas de Santiago y de Calatrava continuaron esta piadosa tarea, que se complementa con construcciones militares para la defensa del Camino. Con anterioridad, los nobles y señores habían elevado fortalezas en los enclaves estratégicos de esta ruta, para protegerla del peligro musulmán. Las órdenes religiosas no harán sino proseguir esta tarea, de la que es ejemplo singular el castillo templario de Ponferrada.

- Entre estos castillos y fortalezas levantados por Monarcas o Grandes Maestres, destacan, igualmente, los de Castrojeriz, Sarracín, Portomarín y Pambre.

E. [redacted] Compostelle». Tours, 1909.

de la misma ciudad.

además de los centenares de iglesias que llevan su nombre; Italia cuenta, en fin, con más de treinta edificios religiosos dedicados a Santiago, todo ello, surgido en la época de las grandes peregrinaciones medievales (14).

La cultura europea y el Camino de Santiago

Ha pasado a ser habitual el destacar la importancia del Camino de Santiago en la cultura europea y española, así como atribuir al Camino el carácter de crisol y de símbolo cultural de Occidente durante el largo período de la génesis de Europa (15).

Pero, en primer lugar, es necesario determinar, con rigor en el análisis, en qué medida y bajo qué formas, el Camino de Santiago realmente produjo un impacto real sobre la cultura de Europa y, en segundo lugar, es necesario romper un conjunto de tópicos que se han ido formando por la literatura jacobea, y que, comúnmente aceptados, obscurecen el verdadero significado cultural y europeo del Camino de Santiago.

La importancia del Camino de Santiago respecto a Europa está limitada a un período histórico determinado: la Edad Media. Fuera de esta época, su importancia para a ser puramente refleja, ejemplarizadora y estática. El verdadero influjo del Camino se produce en la formación de Europa como entidad cultural. Con posterioridad, ya en las épocas moderna y contemporánea, el Camino —sus factores de cultura, objetivos y subjetivos— se incorporan como elemento del acervo cultural europeo, pero más como un recuerdo al que es necesario rescatar del olvido, que como elemento vital de procesos dinámicos.

Esta cultura medieval europea, en la que el Camino de Santiago incide con su impacto más poderoso, es una cultura elemental y deformada, que necesitará de varios siglos para irse concentrando en una forma y sistema específico. Es un conjunto de factores caóticos, tal como pueden ser las figuras, alucinantes en su realismo, de los pórticos y capiteles de las iglesias románicas.

El determinar este grado o nivel cultural y la influencia auténtica sobre el mismo, es una aventura intelectual tan apasionante como necesaria, sin cuya cuidadosa toma en consideración, carecería de sentido cualquier análisis, por cuanto no operaría sobre principios de autenticidad.

Las tesis que se plantean, a continuación, pueden sin duda, ser discutibles en algunos de sus aspectos, pero reúnen la objetividad precisa para determinar el verdadero e importante papel que tuvo y tiene el Camino de Santiago en el ámbito cultural. Se trata de cuatro tesis principales:

1. La fragmentación cultural de Occidente y el Camino de Santiago como elemento de consolidación

En la Alta Edad Media, Occidente, Cristiandad y Europa, son conceptos que carecen de relación entre sí. Europa no existía como realidad ni se aceptaba como idea-fuerza de signo unificador. En cuanto al Occidente y a la Cristiandad, no eran, ni mucho menos, términos comparables: ni todo Occidente era cristiano (puesto que rebrotaron focos de paganismo, y las penínsulas ibérica e itálica serían en mayor o menor medida musulmanas) ni

(14) Sobra la importancia de las peregrinaciones a Santiago en Italia, existen numerosos estudios entre los que destacan los del profesor Caucci von Saucken, y en concreto: «Peregrinos italianos a Santiago». Ed. esp. La Coruña, 1971.

(15) Destacan en esta apreciación los estudios de los hispanistas franceses Y. Bottineau y Mlle. Vieillard, así como la monumental obra de Vázquez de Parga, Lacarra y Uría: «Peregrinaciones a Santiago», III Vol. Madrid, 1948.

Oriente había sido sometido al Islam (toda el Asia Menor y parte de Africa eran cristianas). No hay que olvidar tampoco que las herejías (en particular la monofisita) creaban mayores problemas al Imperio Romano residual (Bizancio) que el propio avance mahometano (16).

En realidad, y rompiendo otro tópico generalizado, ni la irrupción de las tribus indo-germánicas en el Occidente romano, ni la muy posterior invasión árabe, fueron factores de destrucción cultural. Fue la propia y agotadora decadencia del Imperio Romano lo que produjo, a partir del siglo III, una aculturación de la totalidad del sistema de Occidente.

En Occidente, en efecto, se rompen la organización y el orden clásicos. La sociedad se hace campesina. Los hombres vuelven a la pequeña aldea, al clan, a la tribu, a la magia. Resurgen antiguos atavismos. Las expresiones y los signos culturales se hacen locales, se cierran en sí mismos (17).

En esta larga etapa, que se extiende entre los siglos II y IX, se pierde el sentido y el significado de las instituciones, la escritura, la moneda, el comercio. La moral y las creencias se relativizan, si bien la Iglesia mantiene —también dentro de un relativismo— unos focos culturales, que superan la ruptura orgánica general. Pero se trata de una realidad minoritaria y dispersa, que no afecta a la quiebra de Occidente.

Existe la «romanía»: el Mundo Mediterráneo vinculado a Bizancio, que conserva todavía la proyección cultural romana. Pero será precisamente sobre ese ámbito, sobre el que las incursiones nórdicas y la fuerza del Islam descargarán su fuerza, y acabarán con la última realidad cultural de signo todavía latino.

Occidente, por tanto, queda dividido en compartimentos estancos, con creencias mínimas, en las que la vecindad y la seguridad del grupo ocupa un lugar prioritario. Es un Occidente incomunicado. Aislamiento que se acentúa por la abundancia de bosques, páramos, landas, montañas, pantanos. Un mundo en el que las calamidades y terrores impiden la posibilidad de las realizaciones.

Esta incomunicación sólo se rompe por motivos religiosos: el peregrinaje a los Santos Lugares y a Roma. Los «palmeros» y «romeros» serán los únicos que transiten por las ruinosas calzadas de la antigüedad. En este universo cerrado, la aparición de un nuevo foco de peregrinación: Santiago de Compostela, tendrá, evidentemente, una importancia decisiva (18).

No se trata de demostrar en esta tesis, ni tampoco en las siguientes, que el Camino de Santiago salvase a Europa de la barbarie o de las tinieblas. Pero lo cierto es que en el proceso del despertar, o de la anábasis cultural europea el Camino de Santiago «estaba allí». Era una realidad existencial.

Los hombres piadosos que se aventuraban a peregrinar a Compostela, pasarán a ser los «peregrini» por excelencia.

El peregrino es pobre. En todo los lugares que recorre es, en todo caso, bien recibido: «Hospes velut Christus». Dándole hospitalidad se participaba en su estado de gracia. Pero, a su vez, estos peregrinos venían de otros lugares y tenían otras costumbres. Se inicia, así, un principio de comunicación en un Occidente dislocado, que tenderá a acelerarse y a ampliar sus posibilidades en el decurso del tiempo.

En primer lugar este principio dinámico actúa en la propia Península Ibérica. Los núcleos de población dispersos y cerrados por la invasión árabe,

(16) Dawson, C.: «Hacia la comprensión de Europa». Ed. esp. Madrid, 1953.

(17) Pirenne, H.: «Historia económica y social de la Edad Media». Ed. esp. FCE, 1977.

(18) Fernández M. y Freire F.: «Santiago, Jerusalén, Roma. Diario de una peregrinación». Santiago, 1880.

tenderán a relacionarse entre sí. Es significativo, en ese sentido, que a medida que se extienden los reinos cristianos hacia el sur, aumentan también los caminos y los itinerarios hacia Santiago de Compostela (cabe recordar la prolongación progresiva del «Camino portugués», que se irá extendiendo, conforme a la reconquista de territorios, así como la aparición de nuevos Caminos españoles, como «La Ruta de la Plata», el «Camino Catalán» o la denominada «Ruta del Duero») (19).

La polémica Castro-Albornoz, sobre si Santiago fue un producto de la España en formación o viceversa, aunque demasiado enconada en lo personal, es significativa en su sentido (20). Los orígenes de una conciencia hispánica, como los de una conciencia europea, serán el lento resultado de una serie de inter-relaciones, en los que los símbolos sirven al hecho de una paulatina ruptura de los localismos.

Se trata de procesos difusos de dinámica social, en que los núcleos pasan a ser zonas, las zonas ejes, y estos ejes se extienden de modo indefinido: hacia Roma, hacia Compostela, hacia Bizancio, hacia Jerusalém. En esta dinámica, Compostela constituye juntamente con las rutas de peregrinación que se van consolidando, un factor substancial que adquirirá pleno significado a partir del siglo XI.

En efecto, a pesar de las trabas feudales y monásticas, impuestas por diversas razones a cualquier tipo de desplazamiento, el crecimiento demográfico en las regiones del norte de Europa (Normandía, Valonia) y de España (Asturias, Cantabria, Navarra), la mejora de ciertas técnicas agrarias y artesanas, y a una evidente inquietud ante la cerrazón y limitación vital, provoca un deseo de marcha, un afán por caminar (21).

Viaja ante todo el peregrino, la vida cristiana se identifica con el peregrinar y la búsqueda. Es el «homo viator» trasunto de la frase evangélica «Ego sum via».

Pero además, comenzarán a viajar los comerciantes, los cantores, los hombres «sabidores». Bernardo de Chartres señalará como una de las claves del saber la marcha a la «terra aliena», y Bernardo de Claraval dirá que «los bosques y las piedras te enseñarán más que cualquier maestro».

Para llegar a esta movilidad, ha sido preciso un cambio profundo en la mentalidad de Occidente. El denominado «Renacimiento Carolingio» de principios del siglo IX, había afectado escasamente a una pequeña minoría eclesiástica y palatina (22).

Sin embargo, las escuelas monásticas, surgidas en este período, evolucionaron en los dos siglos posteriores: los estudios pasan a ser, también, «comunicables». Esta comunicación de conocimientos, se integra en las vías de peregrinación y, en particular, en los caminos franceses hacia Santiago (23).

A su vez, y a finales del siglo XI comienzan a aparecer los primeros burgos o ciudades. Las ciudades de madera se convierten en ciudades de piedra. En estas ciudades nace, como consecuencia de la propia división del trabajo, el intelectual, el que ofrece su saber, al igual que otros artesanos intercambian otro tipo de creaciones.

Pues bien, estos centros de cultura, que se inter-relacionarán entre sí, aparecen de modo espectacular en los núcleos urbanos del Camino de Santiago: Laon, Orleans, Chartres y, sobre todo, París, que serán claves en el Renacimiento del siglo XII.

---

(19) Fernández Arenas, A.: «Los Caminos de Santiago». Barcelona, 1965.

(20) Castro, A.: «Sobre el nombre y el quién de los españoles» y Sánchez Albornoz, C.: «España, un enigma histórico».

(21) Le Goff, J.: «La Baja Edad Media». Ed. esp. Siglo XXI, 1971.

(22) Pirenne, H.: «Mahoma y Carlomagno». Ed. esp. Madrid, 1979.

(23) Santiago-Otero, H.: «Fé y cultura en la Edad Media». Madrid, CSIC, 1988.

El ansia de desplazamiento y de viajar afectará a todos. En 1099, Roberto de Abrissol creará la primera orden religiosa itinerante. Los caballeros también se hacen itinerantes. Se rompe así el absoluto estatismo que había puesto fin a la cultura clásica, para dar paso a un nuevo sistema cultural de signo ya «europeo».

Este sistema cultural tiene dos grandes ejes que pasan por el Camino de Santiago.

a) El eje Norte-Sur

Pondrá en comunicación la naciente cultura europea con la cultura greco-árabe. Pedro el Venerable, en su viaje de inspección por los monasterios cluniacenses de España, en 1141, contacta con las escuelas españolas de traductores. A partir de entonces, la comunicación intelectual entre el sur y el norte de Europa se intensifica. El judío de Huesca Pedro Alfonso, recoge en su «Carta» la importancia del saber arábigo, lo que hará que venga a España Adelardo de Bath. Abelardo y Guillermo de Conches extenderán (no sin oposición y sin grandes peripecias, que no es éste el lugar para analizar) este nuevo horizonte cultural. Las ciudades del Camino francés, serán los lugares donde esta cultura encuentra su adecuado ambiente de expansión.

Mientras tanto, el peregrino humilde también se impregna de nuevos modos y símbolos culturales, que siguen también este eje Norte-Sur: Germain Noveau, presencia en el siglo XII conversar a los peregrinos entre sí en sus respectivas lenguas romances, lo que le hace escribir con ingenuidad que el Camino de Santiago daba el «don de lenguas».

Para estos peregrinos humildes, pero que llevaban consigo un determinado dinero para sus necesidades o lujosos ex-votos para el Apóstol, se establece todo un sistema comercial (hospederías, vendedores, cambistas) y de ocio (juglares, cantores) que difundirán y unificarán, en cierta medida, la formulación popular de la nueva cultura europea.

b) El eje Este-Oeste

A través de la ruta de Provenza, hacia Santiago y cruzando por el norte de Italia, la Ruta de los Peregrinos a Roma, los saberes bizantinos llegarán a las ciudades libres del Adriático, del Mediterráneo Norte y, a su vez, los símbolos de Occidente, se proyectarán hacia un Imperio Cristiano de Oriente, que comienza su declinar. Pero es, sobre todo, en la región provenzal, donde estas nuevas formulaciones culturales, propiciadas por el Camino, alcanzarán su mayor virtualidad extendiéndose hacia los confines de Occidente, y hacia el norte y el sur de Europa (24).

2. La consolidación y difusión de ciclos culturales dispersos en, y por, el Camino de Santiago.

Una sociedad cerrada y bélica, encuentra en los relatos épicos su primera y más normal forma de expresión cultural. Fuera de estos relatos, un conjunto de manuscritos dedicados a la devoción y a la liturgia, o unos simples relatos orales en los que se mezclaban la superstición y la magia, y

(24) Le Goff, J.: ob. cit. págs. 201 y ss.

que constituían el patrimonio cultural de los primeros monasterios, carecían de significado dinámico.

El Camino de Santiago será tema y sobre todo ámbito de difusión del «Ciclo Carolingio».

Los romances y canciones sobre Carlomagno se iniciarán en una fecha indeterminada —posiblemente en el siglo X— y fueron difundidos a lo largo de todo el Camino por los cantores y por los propios peregrinos. A ello contribuyó, de modo directo, el establecimiento posterior en los núcleos de población españoles de artesanos y comerciantes franceses.

Carlomagno es presentado, por esta épica popular, como primer peregrino y libertador de la ciudad del Sepulcro, y del propio Camino a Santiago, lo cual, como es sabido, dista mucho de la realidad histórica. El hecho es que los franceses (peregrinos o establecidos en el Camino Jacobeo) llegarán a estar convencidos de que vivían en tierras liberadas por Carlomagno y sus Pares; todo ello, por cierto, acabará dando lugar a incidentes graves, como el de Pamplona.

Este conjunto de tradiciones y canciones populares, pero promovidas por el poder señorial y regio (francés y germánico) se extienden por el Camino en los siglos XI y XII, y se recogerá dentro del «Codex Calixtinus», en el libro «Historia Caroli Magni et Rotholandi», del pseudo-Turpín. En este período, y como proyección de la leyenda inicial, se consolida el conjunto de «chansons» que darán lugar al Ciclo Carolingio y a los Cantares de Gesta: «Chanson de Roland», «Prise de Pampelune», «Agolant», así como en la «Chanson» o «Geste» de Guillermo de Orange.

En los mencionados Cantares hay una difusa mezcla de elementos francos, hispánicos y germánicos, resultado cierto de la propia amalgama que se producía en las Rutas a Compostela, donde transcurren la mayor parte de los hechos contados en las obras del Ciclo Carolingio.

A través del Camino, se difunde por Europa este primer ciclo épico, que llegará a áreas tan lejanas como el Elba (La «Kaiserchronik») o Escandinavia.

El Ciclo Carolingio hallará su respuesta germana en los Nibelungos, y su respuesta hispánica en el Poema del Cid y en el de Bernardo del Carpio. Todo el ciclo épico de los siglos XI y XII, unido a las sagas celtas, dará lugar a un nuevo ciclo épico: el del Grial. El origen del Ciclo del Grial, que abrirá paso, a su vez, a la épica caballeresca, tiene sus raíces en temas localistas, bretones y celtas, que se fueron concretando a lo largo del Camino de Compostela, también por los juglares y cantores. Las Leyendas del Rey Arturo, se entremezclan, en esta ceremonia itinerante, con los mitos nibelungos y con el tema del Santo Grial, en una extraordinaria secuencia que tiene uno de sus principales centros en España, y en el propio Camino Jacobeo (25).

Las peregrinaciones son la fuerza transmisora de estas canciones épicas, como lo serán de Ciclo de Alexandre (también a partir de mediados del siglo XII), y del melancólico Ciclo Bretón de Tristán e Isolda, que culmina con la obra de Chretien de Troyes. Es muy probable que, en esta segunda fase se introdujesen ya elementos orientales de origen peninsular (hispano e itálico), que aceleraron el despertar literario de Europa.

Mientras se extienden los ciclos épicos, los trovadores de la Corte de Aquitania y los cantores de la Provenza se incorporan también a la vida errante del Renacimiento del siglo XII en Europa. Surgen así los romances corte-

(25) Castroviejo, J. M.: «Galicia: guía espiritual de una tierra». Madrid, 1960.

sanos y la poesía lírica. El primer trovador será Guillermo IX de Aquitania, en relación directa con Roberto de Abrissel (al que nos referimos antes como fundador de la primera Orden religiosa itinerante). Guillermo X peregrinará a Compostela, y es este mismo Duque de Aquitania, de vida aventurera, el que dará lugar al romance español de Don Gaiferos (26).

Fue por tanto, a lo largo del Camino de Santiago, donde se conformaron la épica y la lírica, básicas, en la cultura europea. Los romances caballerescos encontrarán de modo directo en Suero de Quiñones, en el 1434, y en los trescientos encuentros que sostiene victorioso en el Orbigo, su expresión más contundente y final (27).

El último ciclo en el que el Camino de Santiago tendrá un papel incitador, aunque no tan directo como en los anteriores será, ya en la Baja Edad Media, en el macabro simbolismo de las Danzas de la Muerte. Los diferentes grupos o estamentos sociales caminan hacia la nada. En esta temática está integrado el «Puente de Santiago», puente sobre el cual las almas pasan hacia la muerte, pero sólo en la medida en que se encuentren en estado de gracia, que consiguen después de haber peregrinado a Compostela.

3. *El Camino de Santiago y la sociedad y economía de la Edad Media: los nuevos aceleradores culturales*

Ante todo, se hace preciso romper otro tópico extendido sin ningún fundamento histórico: el Camino de Santiago no fue una ruta comercial.

Las rutas comerciales europeas hasta prácticamente el final de la Edad Media fueron, sobre todo, marítimas y fluviales.

Tan sólo una parte o ciertos tramos de los cuatro caminos franceses hacia Compostela, tuvieron significado como vías comerciales: en particular, el tramo Fréjus-Narbona, de la Vía de Languedoc (28).

El Camino de Santiago, en sí mismo, llegó a constituir una cadena de lugares *donde* se ejercía el comercio, pero en ningún caso, sirvió de eje comercial europeo, para intercambio de mercancías.

Señalado esto, como cuestión previa, es preciso recordar que al iniciarse la Edad Media había desaparecido el comercio como consecuencia de la fragmentación general subsiguiente a la caída del Imperio. El derecho también se había convertido en un conjunto de principios locales de aplicación territorial. La sociedad se había cerrado, como ya se indicó, en sus unidades básicas de signo comunitario.

Los peregrinos, sin embargo, tenían, como ha quedado también expresado, unas necesidades concretas que no se cubrían en exclusiva con la caridad cristiana. A medida que va aumentando el número de peregrinos, se inicia un sistema de comercio, limitado al principio, pero que tendrá las más importantes consecuencias.

A partir del siglo XI, y en los lugares y zonas atravesadas por el Camino de Santiago —al igual que ocurrirá en otras regiones europeas— comienza a producirse un conjunto de hechos sociales y económicos que suponen un cambio profundo, que plasmára en un nuevo orden cultural. En la Lotaringia y en Flandes (cabeceras del Camino), así como en el Norte de Italia (también región básica de peregrinos) surgen las primeras ciudades en el

(26) Menéndez Pidal, R.: «Poesía juglaresca y juglares». Madrid, 1929.

(27) Dominguez, M.: «El paso honroso de D. Suero de Quiñones». León, 1934.

(28) Postan, M. M. y Habakkut, H. J.: «The Cambridge Economic History of Europe», Vol. II (1953) y III (1963).

sentido socio-económico del término. Un siglo después surgirán las ciudades de la Hansa.

La sociedad tripartita (clero, guerreros y campesinos) se complementa con una nueva clase: los burgueses (artesanos y comerciantes). Estos no sólo peregrinarán hacia Compostela, sino que se instalarán en los núcleos del Camino, en territorio español.

El Camino de Santiago pasa a ser un lugar más habitado donde se ejerce, como se ha dicho, un activo comercio, cuyos productos entrarán y saldrán por los puertos españoles del Cantábrico y de Galicia.

Se establece, así, una cadena de mercados y ferias en el «Camino francés» (los martes en Pamplona y Jaca, los jueves en Estela, los lunes en Sahagún, los miércoles en León...).

Gran parte de estos comerciantes no eran españoles, eran «francos», término que adquiere un triple significado: extranjeros, gente libre con privilegios comerciales y jurídicos y, finalmente, y en concreto, comerciantes y artesanos franceses.

En todas las ciudades hispánicas del Camino surgen barrios «francos», habitados por burgueses procedentes de Francia, de Inglaterra, de Flandes, de Alemania. Estos extranjeros tenían sus propios estatutos, en gran medida, y precisamente porque los peregrinos a los que atendían (vendiéndoles productos, hospedándoles, cambiando moneda) también disponían de un estatuto propio.

En efecto, desde los orígenes de las peregrinaciones, el naciente Derecho de los Reinos hispánicos, equipara al peregrino a los naturales de estos Reinos. Pero además se le eximía de determinados tributos; se regulan en su favor las pesas, medidas y precios; se imponen penas a los que ataquen al peregrino. Llega así a configurarse un principio de Derecho Internacional, que encontrará su expresión formal en la Pragmática de Medina de 1434 y en la de Guadalupe de 1479.

Los derechos de los peregrinos se complementan, por tanto, con los derechos de los comerciantes, que estaban ya determinados en el Fuero de Jaca de 1063 (libertad personal, inviolabilidad de domicilio, aplicación de estatuto personal), Fuero que servirá de modelo a los de Logroño, Estella, Puente la Reina, etc.

Esta nueva sociedad y economía del Camino dista mucho del orden cerrado de los albores medievales. No se trata de que la sociedad y la cultura económica burguesa sugieran del Camino de Santiago, pero en él se instaló y se desarrolló en una serie continua de matices y nuevas fórmulas.

En el siglo XI los comerciantes gallegos eran ya habituales en las ferias de la Campaña. En el siglo XIV existían en Brujas cofradías de comerciantes hispánicos, cuyo sello consistía en la imagen del Apóstol Santiago.

Se trató, en definitiva, de una nueva y enérgica comunicación entre las gentes europeas como resultado de la cual se aceleró el renacimiento cultural de Europa. Se dispuso de más y nuevos productos (entre ellos productos artísticos y nuevos conocimientos). Se promovió una nueva clase social —la burguesía— más abierta y creadora que los tres estamentos iniciales; se dispuso, en fin, en y por el Camino, de nuevos usos jurídicos y de nuevos modelos de intercambio, frente a las primitivas fórmulas caritativas o de trueque que encontraron los primeros peregrinos. Sin ser, insistimos, una

vía comercial, el Camino fue una vía de cultura económica, en la que se apuntaba ya la filosofía mercantilista.

El comercio —tanto local como de larga distancia—, se orienta hacia las ciudades del Camino desde los más diversos puntos de Europa y, con seguridad, desde los territorios árabes. El artesanado (con predominio del textil) supone una utilización de nuevas, aunque todavía modestas, técnicas. Esta nueva clase generará las primeras revueltas de signo revolucionario en Europa.

A principios del siglo XII, en efecto, los artesanos y comerciantes de Sahagún y Santiago se rebelan contra las autoridades; los sucesos de Santiago de Compostela de 1117 marcan así el principio de una toma de conciencia frente a los privilegios señoriales y eclesiásticos.

4. El Camino de Santiago como expresión de la unidad y diversidad cultural del orden europeo

La propia y peculiar circunstancia del Camino hace que en él, y por él, aparezcan una serie de expresiones, formas y símbolos culturales, que unas veces son de origen autóctono y otras consecuencia del trasiego de peregrinos.

Por ejemplo, el canto más antiguo, el del «Ultreya», se considera de origen flamenco pero, a su vez, se formará un cancionero propio del Camino: romances y canciones de ciego, o canciones nostálgicas y referencias al Camino y a Compostela, baladas inglesas, canciones alemanas. Esta reminiscencia se extenderá en el tiempo y así, se mencionará, también, el Camino de Santiago en la Divina Comedia y —de modo indirecto— en el «Hamlet» de Shakespeare por citar tan sólo dos ejemplos de signo universal.

Nacen nuevas lenguas: el gallego, el castellano, el catalán. En Francia surgirán el normando, el picardo, la lengua d'Oc y el «francien».

En las ciudades del Camino y por efecto, sobre todo, de la convivencia de los peregrinos entre sí y con los naturales del Camino, aparecen, a su vez, una rica variedad de expresiones artísticas, desde las más excelsas hasta las de una creatividad menor y cotidiana: musicales, danzas, autos sacramentales...

Es una cita tópica, la referida al «Codex Calixtinus»:

«Unos tocan cítaras, otros liras, otros tímpanos, otros flautas, caramillos, trompetas, arpas, violines, ruedas británicas o galas, otros acompañando con diversos instrumentos...».

Esta referencia (recogida en casi todo los estudios sobre el Camino de Santiago) se supone que es un exceso de imaginación del Cronista, que no hizo sino describir el pórtico de la catedral de Civray. Sin embargo, tanto Civray como el Pórtico de la Gloria de Compostela (Arquivolta de los Ancianos) representaban un hecho cierto: la multitudinaria variedad del mundo del peregrinaje.

La peregrinación es, en sí misma, una forma de cultura, una cultura itinerante que encuentra en el Camino de Santiago su más importante expresión histórica. Es una cultura que —en cuanto itinerante— mira hacia el hombre y hacia la naturaleza.

«El campo es frondoso, los ríos, los prados y los vergeles son allí excelentes, buena fruta, claros manantiales» (descripción de Galicia, en el «Codex»).

Esta «cultura itinerante», surgida de las peregrinaciones, se proyectará también hacia dimensiones sorprendentes: los estamentos religiosos, encerrados en sus cenobios y monasterios, comienzan a abrirse al mundo exterior (ya se indicó que en 1099 se funda la primera Orden itinerante). En el siglo XII esta religiosidad vagabunda chocará frontalmente con el Pontificado: los cátaros de Provenza, los valdenses de Lyon y los «humiliati» del norte de Italia (todos ellos en las vías a Compostela) serán condenados por la Iglesia Católica.

San francisco de Asís, un siglo después, entre 1213 y 1215, acude a Compostela. Documentan esta peregrinación San Buenaventura y el propio San Francisco en sus «Florecillas». Se hospedó en casa del carbonero Cotolay y en una noche de oración se le reveló el futuro desarrollo y gloria de su Orden.

El sistema religioso-cultural de la Edad Media se hace internacional y de una movilidad creciente en el Camino por excelencia.

Expresión última y lúdica, de esta inquietud y desasosiego, serán los goliardos: surgidos como movimiento contra-cultural en el París del siglo XII, recorrerán los Caminos de Europa difundiendo una dura crítica intelectual contra el orden establecido (eclesiástico, nobiliario, campesino y burgués). No respetan la religión, la sociedad, ni los saberes institucionales. Alaban tan sólo el amor físico y el placer. Los goliardos recorrerán las vías francesas del Camino de Santiago y, aunque será un movimiento fugaz, señalan el sentido de la futura y general crítica a unas formas culturales necesitadas ya de renovaciones profundas.

Toda esta diversidad de artes, modos de vida, interpretaciones del mundo y del hombre, que están en la raíz de la cultura europea, encuentran, como ha quedado demostrado, en la Ruta Jacobea su raíz unitaria. Pobreza y riqueza, racionalismo y antirracionalismo, misticismo y vitalismo, arte y naturaleza, comprensión e incomprensión, comunicación y misterio, constituyen algunos de los modos culturales que desde el Camino de Santiago se extenderán por Europa.